

Vigencia de la Democracia Cristiana

Patricio Aylwín A.*

Al conmemorarse medio siglo desde la reunión, en Montevideo, que dio origen a la constitución de la Organización Demócrata Cristiana de América - ODCA-, cabe preguntarse si las inquietudes que motivaron y las concepciones que inspiraron a los cuatro fundadores -Alceu Amoroso Lima de Brasil, Manuel Ordóñez de Argentina, Dardo Regules de Uruguay y Eduardo Frei Montalva de Chile- mantienen todavía su vigencia.

Una visión superficial podría llevar a creer que esas motivaciones y orientaciones correspondieran a circunstancias políticas, económicas y sociales que han sido superadas por los tiempos y, consiguientemente, han quedado obsoletas ante las nuevas realidades del mundo que vivimos en este fin de siglo. Así lo aseveran, desde luego, los pragmáticos que proclaman el fin de la historia y los ideólogos que anuncian la muerte de las ideologías.

En verdad, el mundo ha cambiado mucho en los últimos cincuenta años, quizá más que en varios siglos anteriores. Desaparecieron el fascismo, el nacismo y el corporativismo autoritario; el comunismo y los llamados socialismos reales se han derrumbado; el capitalismo individualista y liberal se expande como panacea universal. Los asombrosos progresos científicos y tecnológicos, especialmente en los campos de la informática, los transportes y las comunicaciones, han achicado la tierra; la internacionalización creciente del comercio y de las finanzas borra las fronteras y debilita las soberanías nacionales. Vivimos tiempos de globalización.

Dentro de este nuevo contexto, las preocupaciones y anhelos que motivaron las reflexiones de Montevideo, referidas a la lucha contra el fascismo y contra el comunismo, a «la superación del capitalismo, individualista o estatal, a «la redención del proletariado», al «predominio del trabajo sobre el capital», a la «sustitución del patronato por la asociación», «a robustecer el derecho a la sindicación», pudieran parecer ajenas y aún contrapuestas a las realidades de los tiempos que vivimos.

Pero quien recuerde en su contexto e integridad los planteamientos que en esa ocasión se formularon y, sobre todo, los fundamentos que en ella se invocaron, no puede poner en duda su plena vigencia y actualidad. La aspiración de promover «una verdadera democracia política, económica y cultural, sobre el fundamento de los principios del humanismo cristiano, dentro de los métodos de libertad, respeto a la persona humana y desenvolvimiento del espíritu de comunidad»; la afirmación de «la doctrina social cristiana» y de «los principios del humanismo integral», en un movimiento «no confesional» y el requerimiento a restituir «el imperio de la ética y el derecho» en el «régimen de convivencia entre los hombres», siguen siendo orientaciones fundamentales que mantienen plena actualidad.

El triunfo de la democracia política, la derrota de los totalitarismos marxistas y fascista y los éxitos económicos del modelo capitalista, no significan que las sociedades, aún las más prósperas, hayan llegado a una etapa de pleno desarrollo humano, en que los derechos naturales de todas las personas sean respetados, todos tengan posibilidades efectivas de realización personal e imperen la justicia, la solidaridad y la paz.

* *ex Presidente de la República*

Que la humanidad está aún lejos de alcanzar formas de convivencia y de organización social acordes con los valores del Evangelio, que merezcan llamarse cristianas, lo prueban -entre otros hechos tan contundentes como dramáticos- la existencia de mil doscientos millones de pobres en un mundo cada vez más rico, las crecientes desigualdades económicas, sociales y culturales, el hambre, la cesantía y la marginación que sufren millones de personas, las múltiples violaciones a los derechos humanos que ocurren por doquier y la prevalencia del individualismo y el consumismo en los hábitos de vida de tanta gente.

Mientras esta realidad subsista, nadie que escuche el mandato evangélico de «buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia», puede permanecer indiferente. Quienquiera que tome en serio su condición de cristiano y su radical exigencia de amor al prójimo, no puede sino comprometerse en la tarea de intentar construir un mundo más humano, más justo, más libre y más fraterno, en que los valores del cristianismo se encarnan en la vida cotidiana de la gente. Ese es, en el ámbito de lo político -relativo al gobierno de las naciones y a la organización de la vida económica y social- el objetivo y razón de ser de los movimientos o partidos demócrata cristianos. Como esta tarea sigue vigente -hoy tanto o más que ayer- esto solo justifica la vigencia de los Partidos Demócrata Cristianos. Tanto, que si no existieran habría que inventarlos.

Respondiendo a esta exigencia ética fundamental, los demócrata cristianos chilenos luchamos en Chile contra la dictadura para recuperar la Democracia, reclamamos contra la violación de los derechos humanos y buscamos verdad y justicia a ese respecto, nos aliamos con los sectores de chilenos que anhelaban lo mismo en la Concertación de Partidos por la Democracia y, con el apoyo de la mayoría de nuestros compatriotas, en los dos gobiernos que hemos tenido la responsabilidad y el honor de encabezar nos hemos esforzado por profundizar la democracia y por lograr condiciones de vida más humanas para todos los chilenos mediante las políticas que llamamos de «crecimiento con equidad».

Pero es obvio que no basta que nos limitemos a seguir proclamando la plena vigencia de los valores y principios del Humanismo Cristiano y del ideal histórico de una Nueva Cristiandad. Y es también evidente que frente a las nuevas realidades a que los cambios tan asombrosos que han ocurrido y siguen ocurriendo en el mundo, no basta tampoco que sigamos repitiendo las viejas recetas que nuestros próceres concibieron frente a las realidades que en su tiempo debieron encarar.

Convencidos de la plena vigencia ética o intelectual del Humanismo Cristiano y, consiguientemente, de la Democracia Cristiana como instrumento para encarnar sus valores y principios en la realidad política, económica, social y cultural del mundo en que vivimos, nuestro nuevo desafío es no sólo permanecer fieles a esos valores y principios, sino ser capaces de concretarlos en criterios, orientaciones y políticas capaces de encarnarlos o materializarlos en estas nuevas realidades y contribuir eficazmente a construir en nuestros pueblos sociedades cada vez más humanas, más justas y más solidarias, que merezcan llamarse cristianas.

Y en Chile debemos asumir este desafío simultáneamente con la responsabilidad que tenemos, como miembros mayoritarios de la Concertación Democrática, de dar al país el mejor gobierno que nos sea posible. Es una doble responsabilidad: por una parte, contribuir eficazmente, desde los niveles del Ejecutivo, del Congreso Nacional, de los gobiernos regionales y municipales, a afrontar con éxito las tareas del desarrollo nacional conforme a los Programas de la Concertación y, por la otra, profundizar en la búsqueda de soluciones y políticas capaces de encarar los problemas propios de los nuevos tiempos con arreglo a los valores y principios del Humanismo Cristiano.